

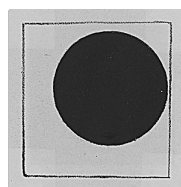
Fragmentos para una antropología en tiempos
desesperanzados: Theodor W. Adorno y la
búsqueda de la vida buena

Fragments for an Anthropology in Despairing
Times: Theodor W. Adorno and the Search for
the Good Life

Pedro José Grande Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

pgrand01@ucm.es



FRAGMENTOS DE FILOSOFÍA, N° 21, 2024: 60-59

ISSN: 1132-3329, E-ISSN: 2173-6464

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2024.02.07

Teoría y crítica para un presente desesperanzado: apuntes para el mundo contemporáneo

Número especial monográfico coordinado por:

Fabián Portillo Palma

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Fernando Gilabert Bello

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Editores

Juan José Gómez Gutiérrez (director)

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Alejandro Martín Navarro

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Fernando Gilabert Bello

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Comité científico

José Luis Abdelnour Nocera, University of West London

Fernando Ciaramitaro, Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Salvatore Cingari, Università per Stranieri di Perugia

Claudia Giurintano, Università di Palermo

Antonio Gutiérrez Pozo, Universidad de Sevilla

Anacleto Ferrer Mas, Universidad de Valencia

Jean-Yves Frétygné, Université de Rouen

Alicia de Mingo Rodríguez, Universidad de Sevilla

Antonio Molina Flores, Universidad de Sevilla

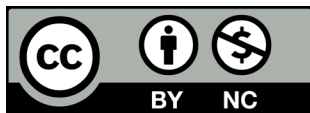
José Ordóñez García, Universidad de Sevilla

Alfonso Maximiliano Rodríguez de Austria Giménez de Aragón, Universidad de Cádiz

Hugo Viciana Asensio, Universidad de Sevilla

Producción editorial

Miguel Fernández Nicasio, Universidad de Sevilla



© de los textos: sus autores

Edita: Editorial Universidad de Sevilla

ISSN: 1132-3329; e-ISSN: 2173-6464

Facultad de Filosofía

Departamento de Estética e Historia de la Filosofía

C/ Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla (España)

https://revistascientificas.us.es/index.php/fragmentos_filosofia/index

Correo: jgomez32@us.es

Resumen: En el mundo contemporáneo, prevalece una profunda desesperanza que afecta a todas las dimensiones de la vida. Este artículo examina el carácter histórico de la teoría crítica desarrollada por Theodor W. Adorno, destacado miembro de la Escuela de Frankfurt, en su obra *Minima Moralia*. A través de este análisis, se busca no solo comprender las raíces de la desesperanza inscrita en nuestras estructuras sociales, sino también ofrecer una perspectiva sobre las disfunciones de la vida humana en tiempos de crisis.

Palabras clave: Th.W. Adorno; Escuela de Frankfurt; Antropología; Vida dañada; Filosofía.

Abstract: In the contemporary world, a profound sense of despair pervades all aspects of life. This article examines the historical nature of the critical theory developed by Theodor W. Adorno, a prominent member of the Frankfurt School, in his work *Minima Moralia*. Through this analysis, the aim is not only to understand the roots of the hopelessness ingrained in our social structures but also to offer a perspective on the dysfunctions of human life in times of crisis.

Keywords: Th.W. Adorno; Frankfurt School; Anthropology; Damaged life; Philosophy.

En el mundo contemporáneo donde la desesperanza parece haberse instaurado como norma, la crítica de la civilización capitalista, tal como la plantea Theodor W. Adorno, se vuelve más crucial que nunca. No obstante, todo ejercicio de crítica, y en especial el que procede de un enfoque negativo, corre el riesgo de ser percibido como sospechoso o pesimista. Sin embargo, es precisamente por esta razón que el silencio que domina nuestras sociedades, inmersas en las condiciones del capitalismo avanzado, hace aún más urgente emprender una crítica profunda y radical de las condiciones de vida actuales.

Adorno analizó estas cuestiones en su obra *Minima Moralia*, publicada en 1951. En ella surgen los interrogantes que hoy nos siguen preocupando: ¿sobrevivirá la humanidad después de todo el daño infligido? ¿Logrará algún día el hombre vivir una vida verdaderamente buena? Quizás la respuesta la podemos encontrar en la célebre frase de Ferdinand Kürnberger que Adorno eligió para abrir su libro: “la vida no vive” (Adorno 2004, 24). Esta afirmación sugiere una paradoja fundamental: la filosofía ha abandonado su propósito original, es decir, la búsqueda de la vida buena. Y la situación resulta aún mucho más desoladora cuando la actual crisis que atravesamos impide que la vida humana trascienda la mera supervivencia en muchas partes del planeta.

La lógica del sistema capitalista ha cosificado las vidas humanas reduciéndolas a simples objetos consumo. Se trata de vidas despojadas de autonomía y sustancia propia. Al reflexionar sobre la relación entre subjetivación y sufrimiento, es importante tener en cuenta que Theodor W. Adorno no aborda la idea de la vida dañada desde una posición externa, sino que la examina desde su propia experiencia. En *Minima Moralia*, no es un sujeto autónomo, dueño de su voluntad y conocimiento, quien pretende ofrecer lecciones sobre la vida justa. El sujeto de esta vida se encuentra marcado por la violencia de la barbarie que devastó Europa, y por la aguda conciencia del costo deshumanizador que implica seguir viviendo después de la catástrofe. Es la vida de un sujeto que comprende la imposibilidad de una vida justa en un mundo dominado por lo falso, y que, por lo tanto, reconoce que la experiencia de la verdad

sobre la vida solo es posible al enfrentarse a su forma alienada, es decir, contra “los poderes que determinan la existencia individual hasta en lo más recóndito” (Zamora 2021, 419-420).

El objetivo de esta investigación es doble: por un lado, profundizar en las tesis adornianas acerca de la “vida dañada” y su relación con la razón instrumental, explorando cómo estas ideas arrojan luz sobre la alienación contemporánea; y, por otro, esbozar una posible vía hacia una vida buena mediante la reconstrucción crítica de las relaciones sociales, orientada por la “razón mimética” como alternativa. A lo largo del artículo, se busca confrontar las ideas del filósofo con el contexto actual marcado por la globalización, la tecnocracia y la lógica neoliberal, para demostrar cómo su crítica conserva aún una vigencia notable. El principal resultado que se espera alcanzar es una comprensión más clara de cómo las dinámicas sociales y económicas actuales perpetúan la alienación, pero también de cómo es posible, desde una postura crítica y fragmentaria, recuperar las condiciones necesarias para la autenticidad y la vida buena. Esto implica, en última instancia, repensar las bases de nuestras relaciones humanas, las estructuras sociales y la lógica que gobierna nuestras prácticas cotidianas.

1. La disolución del individuo en la sociedad capitalista.

Adorno sostiene que el individuo en la sociedad contemporánea, lejos de ser un sujeto autónomo, es el producto de las condiciones económicas y políticas que lo configuran. La aparente independencia del individuo es, en realidad, una ilusión. En lugar de oponerse al sistema que lo explota, el sujeto refleja paradójicamente las mismas leyes sociales que lo moldean. Bajo el capitalismo, el individuo no puede emanciparse, sino más bien queda aislado y reducido a una pieza más dentro del sistema económico. Adorno advierte que el individualismo, que se celebra como emancipación, en realidad, disuelve al individuo, eliminando la posibilidad de una verdadera autonomía. Así, su crítica a la modernidad y al capitalismo se centra en el hecho de que las promesas de liberación que ofrece el sistema conducen a la anulación radical del sujeto.

Por todo ello, la esencia de la sociedad moderna es la deformidad (Adorno 2004, 118), mientras que su apariencia —aunque sea una mentira— es persistente y se convierte en la única fuente de verdad disponible, lo que contribuye a exacerbar la inmoralidad y la desesperanza del presente. El fondo del problema consiste en la disolución del individuo, cuyo aislamiento se manifiesta como una absolutización empobrecedora que lo deshumaniza hasta reducirlo a un mero objeto social.

Frente a la perversión del capitalismo, que conduce al vaciamiento del contenido genuino de la vida humana, Adorno introduce el concepto de “ciencia melancólica” (Adorno 2004, 17). Un conocimiento que confronta la desesperanza del presente a través del análisis de los fragmentos de una vida dañada. Desde esta perspectiva, la vida no es el resultado de la libre actuación del individuo, sino una construcción alienada que, en última instancia, se encuentra determinada por fuerzas sociales que la cosifican y subordinan a meros mecanismos de producción y consumo. El modo de vida de las sociedades contemporáneas ha invertido los fines. En este sentido, la lógica del presente consiste en priorizar los medios sobre los fines y, por tanto, en subordinar la vida humana a la producción.

¿Cómo puede el ser humano redescubrir su humanidad en medio de un sistema que cosifica su existencia? ¿Cómo pensar en una vida buena cuando la vida ha sido degradada a un simple apéndice de la producción, y las guerras, la injusticia y el desprecio por la verdad prevalecen en un mundo inhóspito? La respuesta de Adorno consiste en la insumisión y en la resistencia crítica como únicas vías para la emancipación. “No hay emancipación posible sin la emancipación de la sociedad” (Adorno 2004, 180). Se trata pues de evitar la neutralidad, pues la no-conformidad es la única manera de romper con esta lógica perversa. La antropología crítica de Adorno se propone describir al ser humano en su estado actual, no para resignarse, sino para imaginar cómo podría ser la vida si escapara de las estructuras e instituciones que la pervierten y deforman. En definitiva, la búsqueda de una vida buena no puede basarse en un concepto de individualidad aislada, sino que debe vincularse a una comunidad social donde los sujetos sean

mucho más que simples engranajes en la maquinaria del sistema.

2. Crítica de la razón instrumental y la posibilidad de redención.

Theodor W. Adorno diagnosticó que la sociedad sólo podría emanciparse en ausencia de ideologías totalitarias (Adorno 2004, 162-163). Sin embargo, surge una pregunta esencial: ¿Puede únicamente la crítica a la realidad social generar un cambio real? ¿Cómo puede la teoría transformar el mundo sin una praxis asociada? En *Minima Moralia*, Adorno ofrece una pista: la filosofía puede encontrar un camino hacia la esperanza y la transformación en medio de la alienación y la crisis existencial. “El objetivo de la teoría crítica pasa por conectar con los potenciales de los individuos, por fortalecer sus facultades como sujetos y contrarrestar el proceso social que les relega a una posición de debilidad y dependencia” (Maiso 2022, 229).

Adorno sostiene que la única forma viable de filosofía en un presente desesperanzado es adoptar una perspectiva de redención. Esta implica que el conocimiento no debe limitarse a describir el mundo tal como es, sino también ofrecer una visión de lo que podría ser. De hecho, el conocimiento sin una dimensión crítica que trascienda lo técnico y lo utilitario, pierde su poder transformador. Para Adorno, la perspectiva de la “redención” es esencial porque nos permite ver las “grietas y desgarros” del mundo (2004, 153), lo cual es particularmente relevante en la actualidad. Hay muchas vidas dañadas en nuestro mundo que necesitan ser reparadas. El uso de la “luz mesiánica” (2004, 153) abre un horizonte nuevo hacia la esperanza y la utopía, claves fundamentales para el desarrollo del pensamiento crítico. Adorno señala que no se trata de cuestionar la realidad o irrealidad de la redención, ya que este hecho, en sí mismo, es irrelevante. En otras palabras, la verdadera cuestión no radica en si la redención es alcanzable, sino en el lugar que ocupa dentro del horizonte de nuestra reflexión crítica sobre la sociedad, y en la función que desempeña al interpretar el presente marcado por la desesperanza. La “luz” a la que hace referencia Adorno, permite iluminar las heridas, el sufrimiento y las grietas del mundo, revelando los mecanismos

de dominación que impiden una vida auténtica y plena. Esta idea se conecta con su crítica de la razón instrumental que tiende a reducir todo al dominio de lo técnico y funcional, dejando de lado la posibilidad de imaginar un mundo diferente. Desde este punto de vista, la redención se presenta como una categoría especulativa y normativa que orienta el pensamiento crítico, aunque, paradójicamente, nunca pueda realizarse plenamente. De ahí su carácter utópico y profético.

En este contexto, la redención es similar al proyecto de la *dialéctica negativa*, que busca desenmascarar las formas de dominación que permean las estructuras sociales y culturales (Adorno 2008, 15 y ss.). La transformación de la sociedad no puede simplemente alcanzarse con un cambio en las estructuras externas de poder. En su crítica a la modernidad, Adorno señaló que el poder actúa como una ideología profundamente arraigada en los sistemas culturales, tecnológicos y políticos, y que ha sido sofisticado a través de las máquinas de propaganda propias de la modernidad. Para Adorno, la redención implica una postura crítica hacia el mundo presente. Esta perspectiva se encuentra influenciada por elementos del judaísmo, protestantismo luterano y dialéctica hegeliana, y no se dirige hacia una redención definitiva, sino que opera como un dispositivo teórico destinado a cuestionar críticamente la ideología moderna.

Esto se refleja también en el uso del arte de vanguardia como medio para dismantelar las formas de alienación producidas por la cultura de masas. La “nueva música” y otras formas de arte no convencionales no solo provocan una reflexión crítica sobre la vida cotidiana, también liberan al individuo de la mera búsqueda de placer y entretenimiento promoviendo, según Adorno, una “sensibilidad crítica” (Adorno 2003). Esto contrasta con la “música ligera”, que fomenta el consumo pasivo y el entretenimiento vacío, características definitorias de la sociedad de masas. En este sentido, la conexión entre el arte de vanguardia y la crítica social resulta capital: mientras la cultura de masas distrae y perpetúa el entretenimiento vacío, el arte crítico tiene la capacidad de liberar al individuo

fomentando una reflexión crítica sobre su propia existencia¹.

Sin embargo, la esperanza depositada por Adorno en el potencial emancipador del arte de vanguardia y en su capacidad para cambiar la vida, no se ha materializado plenamente. En lugar de lograr una transformación radical en las formas de vida o una crítica generalizada de la cultura de masas, la sociedad contemporánea sigue atrapada en dinámicas de consumo y entretenimiento que Adorno ya anticipaba y criticaba.

El dilema que se plantea surge de la imposibilidad de defender la cultura sin caer en la complicidad con el sistema que perpetúa la barbarie, aspecto fundamental de su crítica. El filósofo sostiene que, después de Auschwitz, la cultura misma se ha degradado, convirtiéndose en “basura” (Adorno 2008, 332). La cultura de masas ha sido mercantilizada y el entretenimiento trivializa la crítica social, a la vez que la resistencia cultural parece insuficiente frente a las dinámicas globales de poder. Esto lleva a la paradoja de que tanto su defensa como su rechazo implican inevitables consecuencias negativas.

En este sentido, el proyecto de la dialéctica negativa y la redención en el pensamiento de Adorno permanece como una tarea inacabada: un ideal normativo que debe seguir inspirando la crítica social, incluso cuando su realización parezca imposible en las condiciones actuales. La redención no es una promesa futura,

sino una postura crítica frente al presente, una manera de confrontar las estructuras de poder y alienación que Adorno consideraba fundamentales en la modernidad tardía.

Las formas más sutiles de poder se infiltran imperceptiblemente en la vida cotidiana, colonizando incluso aquellos espacios que anteriormente parecían inmunes al control. La vida dañada se asemeja a un vasto océano en el que los seres humanos, convertidos en naufragos, flotamos a la deriva, privados de dirección y sometidos a las corrientes implacables de una existencia fracturada que amenaza con extinguir toda posibilidad de salvación o plenitud. Las instituciones sociales demandan del individuo competencias como el cálculo y la autodisciplina, lo que permite que el poder se exprese en formas de conocimiento y gestión tecnocrática desconectadas de la experiencia vital. Este cambio en la estructura del poder resulta especialmente relevante en la actualidad, donde “expertos” y tecnócratas han reemplazado a los intelectuales críticos, consolidando una forma de control más sutil y omnipresente (Adorno 2004, 213). Por otro lado, aunque la globalización ha nivelado el estilo de vida de muchas personas, las contradicciones entre grupos sociales y étnicos no han dejado de intensificarse, alimentadas por ideologías heredadas que perpetúan el conflicto y una visión del mundo basada en la búsqueda constante de enemigos. “La reducción *a priori* a la relación amigo-enemigo es uno de los fenómenos primordiales de la nueva antropología. La libertad consiste no en elegir entre blanco y negro, sino en escapar de toda alternativa preestablecida” (Adorno 2004, 137).

La razón instrumental se ha convertido en el motor de la modernidad capitalista, transformando a los seres humanos en engranajes de un sistema económico que prioriza la eficiencia y el cálculo por encima de los valores humanos. Esta forma de racionalidad, orientada a la optimización de recursos y la maximización de beneficios, priva al individuo de su autenticidad y de la capacidad de vivir una “vida buena”, es decir, una vida que priorice lo cualitativo por encima de lo cuantitativo. Esta visión se enlaza profundamente con el concepto adorniano de “vida dañada”: la vida bajo este sistema se distorsiona y falsifica. Esto nos lleva a una

¹ “La estética adorniana debe pensarse siempre en el contexto de una interpretación de la modernidad. ‘La teoría estética de Adorno puede ser vista como explicación sistemática del concepto de modernidad. La circunstancia de que esta sistemática permanece oculta tiene que considerarse más bien como su consecuencia. No sólo la teoría estética y la filosofía se remiten una a otra, más bien forman un inseparable enlace con la teoría social y la filosofía de la historia, también la teoría del conocimiento, porque el arte permanece unido a un concepto de verdad que Adorno ve eclipsado en la ‘situación universal de deslumbramiento’. La filosofía de Adorno quiere ser vista como el intento de unir la crítica marxiana de la economía política, para él esencialmente el análisis marxiano de la mercancía, con una crítica de la razón instrumental de la naturaleza. La teoría estética de Adorno, entendida como teoría de la modernidad, tiene aquí su punto sistemático de referencia: ella es la expresión consecuente de esta intención” (Cabot 1995, 69-70).

pregunta fundamental: ¿cómo hallar sentido en una vida confinada a la lógica del beneficio y la eficiencia?

En su *Dialéctica de la Ilustración*, Adorno y Horkheimer señalan que la instrumentalización de la razón no solo genera alienación, sino que empobrece nuestra capacidad para empatizar, comprender al otro y relacionarnos de manera genuina con el mundo (1998, 81). En lugar de tratar a las personas y al mundo como fines en sí mismos, se les reduce a medios para alcanzar fines económicos o de poder. En el contexto actual, donde el neoliberalismo y la tecnocracia dominan las estructuras sociales y laborales, esta crítica resulta más pertinente que nunca. La “razón instrumental” está detrás de muchos de los problemas que aquejan a las sociedades modernas, desde la crisis ambiental hasta la creciente desigualdad. Ahora bien, “reconocer el persistente potencial de catástrofe inscrito en la lógica social no implica una posición teórica resignada, pesimista o agorera; más bien exige articular una teoría reflexiva sobre sus propias condiciones históricas y sobre su función en la lucha por la emancipación (Maiso 2022, 64).

Adorno propone una alternativa a esta racionalidad destructiva: la “razón mimética”, un tipo de conocimiento que no trata de imitar lo dado, sino más bien aquello que todavía no existe. Esta nueva racionalidad pretende comprender el mundo no a través de la dominación, sino desde una posición de aprehensión amorosa y respetuosa hacia lo único y lo particular. De este modo, no busca instrumentalizar ni controlar, sino establecer una conexión auténtica con la realidad. Adorno añade: “sin violar abiertamente el principio de realidad, salvando, por así decirlo, la decencia” (Adorno 1998, 228). Es justamente por esto que cobra especial relevancia la crisis de empatía que observamos en nuestras sociedades, dominadas por las redes sociales, el consumismo y las relaciones transaccionales. La “vida buena” no puede realizarse en una sociedad donde la empatía y la solidaridad son erosionadas constantemente por la exposición continua a estímulos vacíos. Cuando la tragedia y el dolor se reducen a un mero espectáculo sensacionalista, el sufrimiento ajeno pierde su humanidad. La insensibilidad generalizada está mediada por la novedad y la búsqueda de sensaciones extremas. La opinión

pública se encuentra perpetuamente expuesta a noticias que la mantienen distraída y emocionalmente agotada.

La crítica de Adorno resulta sumamente relevante en el contexto de la búsqueda de la vida buena en tiempos de desesperanza. Si nuestras sociedades continúan promoviendo la razón instrumental en detrimento de la razón mimética, no solo reforzamos la alienación, sino que también sacrificamos la posibilidad de vivir una vida auténtica y significativa.

3. Las consecuencias de la vida dañada.

El entorno urbano contemporáneo es uno de los escenarios más evidentes donde se manifiestan las consecuencias de la razón instrumental y la “vida dañada”. Las ciudades se han transformado en máquinas que fomentan la productividad, el consumo y el beneficio económico, a menudo a costa de la calidad de vida de sus habitantes. Diseñadas en gran medida como espacios para el consumo y la producción, las ciudades contemporáneas reflejan la subordinación de la vida humana a las demandas del capital y la razón instrumental. La crítica de Adorno revela que estos entornos no solo alienan a los individuos, sino que también limitan su capacidad para desarrollarse de manera plena y auténtica (Adorno 2004, 120-121). Las relaciones humanas se cosifican, las personas se convierten en objetos de intercambio y las interacciones sociales se reducen a transacciones.

La tesis de Adorno es que “no hay vida buena en la falsedad de la vida” (*Es gibt kein richtiges Leben im falschen*) (2004, 44). Si el entorno urbano refuerza este tipo de relaciones alienadas, ¿cómo lograr la autenticidad en un mundo que prioriza lo cuantitativo sobre lo cualitativo? Adorno vislumbraba modelos alternativos de existencia que permitieran vivir de manera más auténtica, libres de la alienación y el control omnipresente. En un contexto en el que la vida diaria está mediada por el consumo y la productividad, el filósofo sugiere que la solución podría residir en formas de vida que trasciendan los límites del capitalismo. Las estructuras sociales y económicas actuales, basadas en la lógica del beneficio y la eficiencia, dificultan la posibilidad de una vida cualitativamente mejor. Para Adorno, las ciudades no deberían ser sim-

ples escenarios de relaciones económicas, sino espacios donde florezca la diversidad humana y las capacidades individuales puedan desarrollarse sin estar sometidas al cálculo utilitario.

La vida buena, tal como Adorno la concibe, no puede existir dentro de un sistema que instrumentaliza al individuo (Prestifilippo 2019, 34-35). Para superar esta situación, Adorno sostiene que es esencial desafiar la lógica instrumental y abrirse a una forma de racionalidad distinta, basada en la razón mimética y en la creación de nuevos espacios para la autenticidad y la empatía.

En el contexto contemporáneo, en el que las ideologías de consumo y productividad siguen dominando, este desafío resulta más necesario que nunca. La crítica de Adorno a la razón instrumental y a la vida dañada contribuye a cuestionar las estructuras actuales. Esto implica no solo un cambio en la manera de organizar nuestras ciudades, sino una transformación más profunda en la forma en que concebimos las relaciones humanas y la vida social.

Adorno reflexiona sobre el deterioro de las relaciones humanas en la sociedad moderna, destacando cómo la alienación se manifiesta en la creciente pérdida de “distancia” en las interacciones sociales. Las relaciones humanas, que antes podían tener una complejidad y profundidad que permitía la cortesía, la reflexión y el respeto mutuo, se han reducido a interacciones funcionales y directas, desprovistas de cualquier “ornamento” (Adorno 2004, 46). Esta supresión de la distancia es un síntoma de la alienación que caracteriza a la sociedad contemporánea, en la que todo contacto humano está filtrado por una lógica instrumental. Las interacciones se han vuelto automáticas y superficiales, reflejando la lógica capitalista que minimiza el tiempo dedicado a los demás. Este análisis pone de manifiesto que la “inutilidad” de las interrelaciones, también destruye el espacio en el que podría surgir una conexión genuina entre las personas. Además, Adorno señala que la creciente tendencia a la comunicación directa, que elimina las cortesías y las fórmulas tradicionales, ha adquirido un tono autoritario. Esta conexión con el autoritarismo sugiere que la alienación y la racionalidad instrumental no solo deshumanizan las relaciones cotidianas, sino que también preparan el terreno

para otras formas más abiertas de dominación y control.

En definitiva, el análisis de Adorno subraya que la desaparición de la distancia y el deterioro de las relaciones humanas son síntomas de una sociedad que ha perdido la capacidad de cultivar relaciones verdaderas. En este sentido, la vida buena implicaría precisamente la recuperación de esas distancias y la creación de un espacio en el que los individuos puedan reconocerse y relacionarse de manera genuina.

Otra de las reflexiones adornianas, que nos permite ver cómo las relaciones humanas y la posibilidad de una vida auténtica son corroídas por la racionalidad instrumental y la mercantilización de la vida cotidiana, se centra en el acto de regalar, un gesto profundamente humano que el capitalismo avanzado ha transformado en una mera transacción vacía (Adorno 2004, 47-48). Para Adorno, esta práctica ha sido absorbida por la lógica del intercambio. Donde antes el acto de regalar implicaba una reflexión sobre los deseos y las necesidades del otro, un momento de creatividad e imaginación en el que el donante salía de sí mismo para pensar en el donatario, ahora se ha convertido en un gesto funcional y desprovisto de autenticidad. Regalar, ya no es un acto de generosidad o amor, sino una obligación social que se ejecuta de manera automática y sin verdadero compromiso. “La frialdad –afirma Adorno– domina en todo lo que hacen” (Adorno 2004, 48). Esta frialdad es producto de un mundo en el que el valor de las cosas y de las relaciones está determinado por su utilidad o por el esfuerzo mínimo requerido para cumplir con una expectativa social. Así, vemos cómo la lógica del capital ha permeado incluso los aspectos más íntimos de nuestra vida, vaciándolos de todo sentido. Ya no existe una relación significativa entre un yo y un tú. El regalo se ha reducido a una mera transacción que refleja la alienación tanto de quienes lo dan como de quienes lo reciben.

Esta fría instrumentalización (mercantil) daña la vida de los sujetos y destruye la humanidad. La posibilidad de una vida verdaderamente buena consiste en la reparación radical de nuestras relaciones sociales. Adorno sugiere que el arte, la cultura y la filosofía pueden ofrecer caminos para desafiar la razón instrumental y abrir espacios para una vida más auténtica.

“Que hasta ahora la cultura haya fracasado – afirma Adorno– no es una justificación para fomentar su fracaso” (Adorno 2004, 50). El verdadero desafío consiste en la capacidad de la sociedad para reconocer estas posibilidades y actuar en consecuencia. En última instancia, depende de nuestra capacidad para resistir esta lógica instrumental y encontrar formas de relacionarnos que no estén mediadas por el intercambio y la utilidad.

La normalización de la barbarie es uno de los legados más perniciosos de la modernidad en el funcionamiento cotidiano de la sociedad. La vida humana en el presente está constantemente amenazada por la capacidad de la sociedad moderna para absorber la catástrofe y convertirla en una parte funcional de su estructura. La normalización del sufrimiento no sólo adormece la existencia de las personas bajo el capitalismo, sino que también perpetúa la desesperación como una condición permanente de la humanidad.

La crítica de Adorno no constituye una negación absoluta de la esperanza, sino una oportunidad para repensar las condiciones de vida en un mundo dominado por la desesperanza: “La enfermedad actual consiste precisamente en la normalidad” (Adorno 2004, 63). Finalmente, bajo la apariencia de promover el bienestar y el disfrute, lo que en realidad se está reforzando son las estructuras de dominación. La felicidad, en este sentido, deja de ser una experiencia auténtica para convertirse en una obligación que el sistema impone a los individuos. La sociedad, a través de sus discursos y prácticas, exige que las personas se sientan felices, creando un mundo artificial e inhumano. Y si no lo logran, su malestar es atribuido a patologías individuales, evitando así que se cuestione el sistema que genera ese malestar. Este modelo de felicidad (Adorno 2004, 68), como mecanismo de control y dominación de la lógica capitalista, oculta las verdaderas causas del sufrimiento humano. La imposibilidad de cuestionar el argumento de la felicidad produce aún más dolor y alienación en las personas que sufren.

4. Conclusiones

La vida buena no puede alcanzarse siguiendo los mandatos de la sociedad; requiere, en cambio, una ruptura radical con las formas de alienación y cosificación que Adorno denunciaba. Las nuevas formas de vida deben fundamentarse en la empatía, la comprensión y el respeto hacia la singularidad del otro. Solo a través de una conciencia crítica de las dinámicas opresoras y una resistencia activa frente a las imposiciones ideológicas, es posible comenzar a imaginar una forma de existencia auténtica, liberada de la lógica desesperanzadora de nuestras sociedades y de la racionalidad instrumental.

Ahí es donde cobran importancia las cicatrices y heridas en el sujeto. Son un memento de la no-identidad, del daño, de la “objetividad que pesa sobre el sujeto”. Por supuesto, esas heridas no ofrecen de suyo una garantía de nada. Pero es necesario atender a ellas. Pues, en función de si el daño se enquistaba en forma de frustración y resentimiento o de si puede movilizarse para las fuerzas de la crítica, depende en buena medida si prevalecen las latencias regresivas o si se consolida un potencial de resistencia (Maiso 2022, 276).

En este sentido, la vida buena no puede hallarse dentro de las coordenadas del sistema actual, donde la verdad ha sido relegada al reino de la apariencia. La esperanza, la luz mesiánica, debe iluminar nuestras vidas para guiarnos hacia soluciones que nos permitan crear un mundo más humano. Adorno cree que el ser humano es verdaderamente amado cuando muestra su debilidad sin invocar la fuerza (Adorno 2004, 199), es decir, que la verdadera fortaleza no reside en creerse invulnerable, sino en sentirse amado (Díaz & Grande Sánchez, 2024). En este contexto, la vida buena consistirá en amar al prójimo en su fragilidad².

2 “Al confiar la superación de la injusticia al amor al prójimo en su contingencia, acepta como inmutable la ley de la alienación universal que quisiera mitigar. Es verdad que el compasivo representa, en cuanto individuo, la pretensión de lo universal, la pretensión de vivir, en contra de lo universal, naturaleza y sociedad, que niegan dicha pretensión. Pero la unidad con lo universal, como lo interior, que el individuo realiza, se revela falaz en la propia debilidad del individuo. No es la blandura, sino la limitación, lo que hace problemática

Referencias

- ADORNO, Th.W. & Horkheimer, M.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1998.
- ADORNO, Th.W.: *Filosofía de la nueva música*. Madrid, Akal, 2003.
- ADORNO, Th.W.: *Minima Moralia*. Madrid, Akal, 2004.
- ADORNO, Th.W.: *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid, Akal, 2008.
- CABOT, M.: “La posibilidad del arte como lugar de reflexión. La ubicación de la experiencia estética en la filosofía de Th. W. Adorno”. *Taula, quaderns de pensament*, 23-24, 1995. 67-84.
- DÍAZ, C. & GRANDE SÁNCHEZ, P. J.: *Antropología filosófica. El personalismo comunitario*. Madrid, Bookman, 2024.
- MAISO, J.: *Desde la vida dañada. La teoría crítica de Theodor W. Adorno*. Madrid, Editorial Siglo XXI, 2022.
- PRESTIFILIPPO, A.L.: «No cabe la vida correcta en el mundo falso. Ética y política en Adorno». *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 77, 2019, pp. 21-36.
- TAFALLA, M.: “Metafísica negativa para una razón mimética”. *Taula, quaderns de pensament*, 33-34, 2000, pp. 113-120.
- ZAMORA, J.A.: “Subjetivación y sufrimiento en Theodor W. Adorno: Reflexiones ‘desde’ la vida dañada”. *Constelaciones: Revista de Teoría Crítica*, 13, 2021, pp. 419-447.

la compasión: ésta es siempre insuficiente” (Adorno & Horkheimer 1998, 148).